

REFLEXIÓN ABIERTA

JORGE RAMÍREZ NIETO

Profesor del Instituto de Investigaciones Estéticas,
Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia.

Apuntes sobre identidad
y
expresión nacional

LA pregunta sobre la identidad nacional fue introducida en América desde el momento mismo del descubrimiento. La acción colonizadora de los ibéricos en el continente americano, con sus argumentos de lengua y religión, transportó los fundamentos de esa interrogación. El problema de unidad e identidad ibéricas y los regionalismos culturales y políticos han sido, hasta ahora, tema central en la vida intelectual de la Península Ibérica¹. El mito de la unidad, estructurado en Castilla, coincidió en su formulación con el descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo. El desarrollo histórico del mito moderno de esa unidad corrió por cauces paralelos a uno y otro lado del Atlántico durante los siglos xvi, xvii y xviii.

El siglo xix fue el tiempo de desarrollo del proyecto independentista americano. Fue un proyecto soportado en la imagen de la Revolución Francesa, con criterios e ideas iluministas. También se acompañó con la lectura compartida de los textos de Marcelino Menéndez y Pelayo, Azorín, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, entre otros cuantos. Es importante anotar cómo durante el siglo xix hubo gran simpatía en Latinoamérica por el carlismo, y otras formas de concepción cultural y política de la península ibérica. Es necesario recordar que un buen número de los vencidos de la primera guerra carlista inmigró y se estableció en Latinoamérica. Tanto población vasca como catalana — con sus respectivas formulaciones nacionalistas — llegaron en busca de apoyo y localización.

Así no es de extrañar que la pregunta por la identidad nacional haya surgido de manera reiterada en las nuevas repúblicas americanas.

El inicio del siglo xx, en Latinoamérica, estuvo alimentado por los pensamientos del conde de Keyserling, Eugenio d'Ors, Ramiro de Maeztu y especialmente de Ortega y Gasset y la relectura del libro *¿Qué es una nación?* del francés ERNEST RENAN (1823-1892). En ese libro Renan rechaza la interpretación nacional basada en elementos físicos, tales como la geografía y la raza. Su definición, muy expandida en los textos de inicio de siglo en Latinoamérica, es que “una nación es un principio espiritual, resultado de profundas complicaciones de la historia”. La propuesta del pensador francés se resumía en la formulación de un “espíritu común” producto de la tradición, que se manifestaba en el deseo de sus participantes de permanecer unidos en el futuro.

Uno de los intérpretes de Renan en Latinoamérica fue JOSÉ ENRIQUE RODÓ (1872-1917) quien publicó *Ariel* en 1900. En éste utiliza el enfrentamiento simbólico entre Ariel y Calibán. Ariel representa los ideales morales

¹ El profesor de la Universidad de Hamburgo, HORST PIETSCHMANN ha analizado el caso ibérico en un artículo titulado “El problema del ‘Nacionalismo’ en España en la Edad Moderna”. Se encuentra publicado en la revista *Hispania* LII/1, núm. 180 de 1992, en las págs. 83-106.

y estéticos del mundo cultural latino, mientras que Calibán se transforma en símbolo crítico de la cultura anglosajona. Esos personajes fueron tomados directamente del escrito *Calibán* de RENAN, publicado en 1877.

Las definiciones de nación que se elaboraron en España a comienzos del siglo xx, se hicieron en torno al “carácter espiritual” del concepto. La religión y la lengua fueron explicitadas como sus soportes principales. Así podemos leer:

Lo que constituye una nación es lo que suele llamarse, en un sentido metafórico, alma nacional, espíritu nacional; y el espíritu nacional está constituido por un fondo común de creencias, de sentimientos, de aspiraciones y tradiciones fundamentales [...]. Cuando el territorio, el clima, la raza, las conquistas, las influencias de los pueblos extraños, las vicisitudes de una larga historia, llegan a amasar un todo social, la resultante común de tantos factores, abrazados por una creencia que les penetra y enlaza, adquiere carácter psicológico más que carácter étnico, que la distinguen de las demás, y la nación está formada².

A partir de esas definiciones los tradicionalistas establecieron elementos definidores, tomando la triada de raza, lengua y cultura, como los esenciales.

El filósofo español ORTEGA Y GASSET propuso otra definición de la idea de nación. En su libro *España invertebrada* en 1921, propone la nación no fundamentada en la tradición, sino en una fuerza que impulsa a los participantes en una acción unitaria hacia el futuro. Para José Ortega y Gasset la nación es “un sugestivo proyecto de vida en común”. Según él debemos repudiar “toda interpretación estática de la convivencia nacional” y entenderla dinámicamente.

Los mensajes, tanto de Renan como de Ortega y Gasset, fueron citados una y otra vez por los intelectuales latinoamericanos durante las primeras décadas del siglo.

Las visitas que hizo Ortega y Gasset al continente y las conferencias que dictó en Buenos Aires, lo convirtieron en referencia obligada al discutir sobre el significado de la nacionalidad.

En España, tanto fascistas como falangistas, interpretaron a su manera la propuesta de Ortega. Para José Antonio Primo de Rivera la unidad española era una unidad de destino. Su discurso dividía a los nacionalistas en románticos y clásicos. A los primeros los calificaba de “nacionalismos particulares” que tenían como base caracteres puramente físicos como etnia, lengua, topografía o clima. A los segundos los titulaba de “nacionalismo misional” que definía como “producto de la voluntad y de la razón, producto de la cultura”. En sus declaraciones de principios decía Primo de Rivera “La Patria

² Definición de Juan Vázquez de Mella, en 1939, citada por GONZALO ÁLVAREZ CHILLIDA en su artículo “Nación, tradición e imperio en la extrema derecha española”, publicado en *Hispania* LII/3, núm. 182, 1992, págs. 999-1030.

es una misión. No hay continentes ya por conquistar [...]. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de esas cuatro (...)"³.

Los latinoamericanos asistieron a esas discusiones españolas sintiéndose momentáneamente incluidos. En Buenos Aires, en 1938, el español Manuel García Morente, propuso articular la propuesta de atender a la larga historia conjunta, de Renan, con el proyecto común hacia el futuro, de Ortega. García Morente lo describía como "un estilo de vida colectiva" que homogeneiza al pasado tradicional de una nación y a su proyecto futuro.

La elaboración cuidadosa de un mito 'nacional' permitió el entretreído estratégico con las propuestas de la Iglesia. La "Teología mágica de España" formulada por Morodo, permitió compartir durante los años treinta, los mitos creados por el fascista italiano y el nazismo alemán. El pensamiento español se fusionó con el mito europeo de la conspiración judeo-masónica mundial, enfatizando la versión cristiana y tolerando la propuesta racista nazi.

América Latina se vio vinculada desde diferentes ángulos. En este sentido es interesante la crónica del sacerdote Zacarías Vizcarra, embajador español en Buenos Aires. Él consideraba que:

"España y sus hijas americanas, la Hispanidad", no sólo habían jugado un papel trascendental en el pasado, sino que también lo tendrían en el futuro, salvando a toda la humanidad del peligro masónico, judaico y ateo, a partir de una legión de caballeros de Santiago modernos.

El fascismo, presentado a través de las corrientes nacionalistas, alcanzó una fuerte presencia en Latinoamérica. En Argentina, intelectuales como José Ingenieros y Manuel Gálvez defienden su introducción en el continente. Gálvez publicó, en 1934 un texto titulado "El pueblo necesita" donde hace una apología del autoritarismo. En 1928 había llegado a Argentina el español Ramiro de Maeztu y congregó en torno al periódico *La Nueva República* a un grupo de jóvenes fascistas.

Es importante destacar aquí que el problema de definición nacional es ante todo un problema moderno de carácter espacial. El origen etimológico de la palabra latina *natio* tiene relación con el origen común desde el punto de vista del lugar del nacimiento. En la historia medieval tiene relación con el lugar y con la clase social.

En la edad moderna, la palabra nación ha servido para denominar a un grupo de personas que hablan el mismo idioma, tienen la misma cultura, leyes y costumbres. La Iglesia utilizó el término de manera general a partir del siglo xvii, aproximándolo al concepto posterior de 'Estado Nación'. Lo

³ JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, "Norma programática de la Falange". Citado en *Nación, tradición e Imperio en la extrema derecha española*, pág. 1003.

interesante aquí es marcar la condición espacial que ha implicado el término y que contrasta con la palabra 'patria' que tiene connotaciones de 'derecho cívico'. En ese sentido la nación es la más amplia de las unidades espaciales en que se encuentran referidos y expresados los pormenores de una comunidad identificable.

NACIONALISMOS EN AMÉRICA LATINA

Los nacionalismos aparecen de manera simultánea en casi todo el continente. Pensadores como Rodó, durante las primeras décadas del siglo xx, son difundidos en toda Latinoamérica; en Argentina la Unión Cívica se enfrenta al pensamiento tradicional de la Oligarquía Conservadora que ostenta el poder; en Uruguay, con la llegada al poder del Batlismo, el Partido Colorado inicia un plan de reformas sociales; en Perú González Prada y posteriormente José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre elaboran, desde sus respectivos puntos de vista, una expresión del significado de lo nacional-latinoamericano; en Chile surge el Alessandrismo; en México se presta atención al pensamiento nacionalista de José Vasconcelos y posteriormente a la interpretación que da Leopoldo Zea. En Centro América se inicia el discurso de cambio en la voz de Sandino.

Esa idea continental de nacionalismos se soportó en pensadores como Martí, Mariátegui, Henríquez Ureña, Haya de la Torre, Picón Salas, Leopoldo Zea, y otros cuantos que centraron sus planteamientos en diversas posiciones ideológicas⁴.

Esa tendencia de pensamiento impulsó la conformación de gobiernos fuertes, de carácter centralista, que enrumbaron la política de una manera inédita, y con ello transformaron la sociedad y la economía. En estas primeras décadas la caracterización de América Latina en lo sociopolítico se puede definir como "la normalización de la excepcionalidad" y la "permanencia de la transición"⁵, el enfrentamiento y convivencia concertada entre lo convencional y lo vanguardista.

Si el nacionalismo europeo de las viejas y nuevas potencias generaba impulsos colonialistas, imperialistas y de hegemonía, el de las naciones emergentes expresaba el pacto de sociedades que aparecían bajo el signo del subdesarrollo y la extrema pobreza. Es importante enfatizar que la interpretación latinoamericana de nacionalismo es diferente de la europea; en Latinoamérica

⁴ Un caso representativo se vio en el Perú donde, en los años treinta, aparecen dos interpretaciones del mundo latinoamericano con intención de ser proyectos continentales: el marxismo, defendido por José Carlos Mariátegui y el antiimperialismo aprista-amerindio, producto del pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre.

⁵ En la ponencia "El Estado y la teoría política y constitucional en América Latina" de MARCOS KAPLAN.

el nacionalismo no es de carácter expansivo sino de tipo defensivo, que ansía encontrar las referencias internas de sus propios valores. La historia latinoamericana durante las primeras décadas del siglo xx avanza impulsada por el enfrentamiento existente entre la afirmación nacionalista y la presión externa de la expansión imperialista.

Como ya se había afirmado antes, la comunidad latinoamericana, a partir de las luchas de independencia, se planteó la pregunta sobre 'la nacionalidad' como uno de los aspectos identificativos fundamentales. La explicación de lo nacional ha sido un contenido importante de la sociedad civil. Según los grados de desarrollo político alcanzados, se han formado movimientos sociales y partidos políticos. Esas formas de asociación han generado diversidad en las manifestaciones sociales, políticas y culturales.

En Latinoamérica se puede afirmar que por medio de la hibridación de la religión y de la lengua todas las expresiones de la cultura han recibido influencias. En la medida en que se ha implantado, en las comunidades latinoamericanas, el concepto de 'nación', se han definido unas formas características de discurso; un manejo específico del idioma que se establece como parámetro de aprehensión de la realidad. Se conforman así unos marcos discursivos de referencia social. Dentro de ellos se presume la posibilidad de establecer una definición local de lo nacional. La realidad cotidiana se intenta explicar dentro del orden de lo nacional. Así se pretende conformar elementos de homogeneización de las comunidades. Todo esto intentando salvar la evidencia de contar con la gran diversidad cultural y, sobre todo regional existente en el continente.

La composición variable de las herencias culturales europeas, indígenas, africanas y orientales, marca diferencias profundas que intentan ser cubiertas con las definiciones amplias de nacionalidad. En términos geográficos se habita en un continente de grandes contrastes, que ha sido segmentado por líneas de fronteras imaginarias, proyectadas y negociadas desde los discursos internacionales del poder colonizador. Un ejemplo recurrido es la diferencia existente entre las comunidades costeras y las serranas, en países como Perú, Ecuador, Colombia. En esos casos se puede hablar de la definición de la nacionalidad como una metáfora social. Sin embargo esa metáfora se ha convertido en nuestro medio en historia oficial.

Partiendo de la definición que dice que lo nacional expresa la relación del hombre con la naturaleza y se inserta en la vida de todos como un objeto y medio de desarrollo cultural, se podría complementar agregando la importancia de la metáfora del discurso político latinoamericano, como una de las determinantes particulares de los perfiles de las nacionalidades del continente.

La regionalidad también constituye un tema fundamental en la definición de la nacionalidad, y por extensión, de la expresión de la complejidad de los nacionalismos latinoamericanos. José Carlos Mariátegui escribió, en

1926, un texto titulado “Regionalismo y Centralismo”. En ese estudio analiza el caso peruano donde la espacialización la suscribe al problema agrario. Su planteamiento se centra en el dilema “gamonal o indio”. Mariátegui anota:

Como una consecuencia de las ideas y de los hechos que nos colocan cada día con más fuerza ante este inevitable dilema, el regionalismo empieza a distinguirse y a separarse en dos tendencias de impulso y dirección totalmente diversos. Mejor dicho, comienza a bosquejarse un nuevo regionalismo. Este regionalismo no es una mera protesta contra el régimen centralista. Es una expresión de la conciencia serrana y del sentimiento andino⁶.

La cultura nacional, y su expresión estética, se destacan entre los elementos constituyentes de la sociedad. Ellos se manifiestan en la presentación de los movimientos sociales, los partidos políticos, y en nuestro caso específico, en la construcción física de la arquitectura y de la ciudad.

En términos de desarrollo económico, un factor de fortalecimiento de las nacionalidades latinoamericanas, lo constituyó la expansión del mercado económico interno, provocada por el modelo de “desarrollo hacia adentro” que se generalizó a partir de la Gran Depresión internacional de 1929. Las fortunas de las aristocracias locales y su poder oligárquico se vieron afectados por esa crisis económica mundial. Esto permitió la reacción de la sociedad latinoamericana y el fortalecimiento del Estado Nacional, que acompañó a la industrialización de buena parte de los países de la región⁷.

Ese impulso económico inicial fue contemporáneo con la introducción de las imágenes proyectadas por los movimientos internacionales de vanguardia. Estas imágenes de ruptura con la tradición surgieron en el medio latinoamericano como la expresión de la necesidad de crear un contrapunto ideológico. Esa necesidad debería ser expresada en planteamientos revolucionarios. En ese sentido las nuevas propuestas culturales estimularon el sentido crítico como la manera de enfrentar la inercia discursiva del conjunto social. El proyecto modernizante en Latinoamérica se inició con las propuestas del nacionalismo.

⁶ MARIÁTEGUI afirma “La polémica entre federalistas y centralistas, es una polémica superada y anacrónica como la controversia entre conservadores y liberales. Teórica y prácticamente, la lucha se desplaza del plano exclusivamente político a un plano social y económico. A la nueva generación no le preocupa en nuestro régimen lo *formal* — el mecanismo — sino lo *sustancial*, la estructura”. Este estudio se encuentra publicado en la revista *Amauta*, núm. 3, noviembre de 1926, págs. 25-30.

⁷ Esto lo afirma FRANCISCO LEAL BUITRAGO en su escrito “Internacionalización del capital y desnacionalización del Estado en América Latina”, publicado en la revista *Análisis Político*, del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, núm. 4, agosto de 1988.

En América Latina las imágenes de modernidad, alimentadas en las imágenes proyectadas desde las ideologías de las vanguardias, presentaron una visión condicionada a la interpretación de un grupo reducido de intelectuales. Ellos tenían características sociales, políticas y culturales particulares dentro del medio. A partir de la interpretación conceptual de la modernidad se simuló una ruptura de las propuestas discursivas tradicionales. El discurso moderno apareció como respuesta a la imagen del mundo cosmopolita, interpretado desde el estrecho ámbito de las discusiones locales.

En algunas circunstancias se han visto esas diversas posiciones ideológicas como vanguardias cosmopolitas. “La esencia del cosmopolitismo vanguardista radica en la noción de lo moderno”⁸, en cuanto manera de vida compartida por el habitante urbano. El vanguardista latinoamericano, esencialmente burgués, se identificó con lo moderno, que llegó a ser su tema central y el símbolo, a través del cual se desarrollan los planteamientos de su discurso de poder. La identidad cosmopolita fue un punto de partida en el planteamiento del nuevo tipo de discurso “[...] la identidad cosmopolita modernista (latinoamericana) tiene un carácter esencialmente teórico y una función social separatoria”⁹. La ciudadanía vanguardista se reduce a una fraternidad con una manera específica de entender el mundo. La expresión de ese mundo intelectualizado estuvo basada en un acto consciente de selección lingüística. El pensamiento cosmopolita modernista exigió la asimilación de una mitología racional y de su vocabulario. El resultado final fue una sociedad jerarquizada y rígida; que construyó una cultura híbrida, de cosmopolitismo y nacionalismo¹⁰. Un ejemplo interesante es el planteado por la intelectual argentina Victoria Ocampo respecto a la construcción de la “primera casa moderna” en Buenos Aires. La señora Ocampo escribió:

El arquitecto [...] Alejandro Bustillo, no sentía ningún entusiasmo por esa pequeña aventura arquitectónica que le propuse [...]. La casa se construyó en Palermo Chico, barrio recién nacido, [...] los vecinos pusieron el grito en el cielo, o en la municipalidad. Con semejante adefesio se estropearía el barrio. Sin embargo el adefesio le gustó a Le Corbusier, que llegó a poco de estrenarse la casa. Lo ha dejado escrito en un libro.

La señora Ocampo narra con detalle su experiencia estética de carácter cosmopolita¹¹. No obstante, pocos párrafos adelante reconoce

⁸ Tomado de MIHAI G. GRUNFELD, en “Cosmopolitismo Modernista y Vanguardia. Una identidad latinoamericana divergente”, *Revista Iberoamericana*, núms. 146-147, enero-junio 1989.

⁹ En JORGE SCHWARTZ, “Sobre Julio Ortega” en *Una modernidad periférica*, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1988.

¹⁰ En MARCOS KAPLAN, *Opus cit.*

¹¹ Al respecto escribió Le Corbusier en “Précisions sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme”, Colección “L'esprit nouveau” 1930: “Es posible que sólo desde hace diez

que su forma de vida solo le permitió vivir un corto tiempo en esa “casa moderna” porque: “Las circunstancias me han obligado, pues, a elegir, a volver a cosas que no son materialmente las que prefiero, pero que están empapadas de acontecimientos absolutamente insignificantes para quien no los ha vivido o no es víctima del tiempo de sensibilidad [...]”. Para reforzar su decisión de abandonar la casa moderna y preferir la casa tradicional en San Isidro hace una meditación sobre los factores que ella llama “acontecimientos”: “El término *acontecimientos* les queda grande a estas cosas que no pasan de ser ciertos olores diferentes del aire en las cuatro estaciones (y que perfuman ciertos cuartos), ciertos matices de luz, ciertos ruidos de puertas o de tablas de un piso que cruje, vinculados con pasos y el despertar de una vida”¹². Quizás nosotros podríamos cambiar el término ‘acontecimientos’ por ‘nostalgias’ para interpretar ese curioso sentimiento de fidelidad profunda a la tradición.

En Latinoamérica, durante las primeras décadas del siglo, la reacción contra el tradicionalismo continental — unida al ideal cosmopolita de los modernistas — sacó a muchos pensadores de los estrechos contextos nacionales o regionales y los impulsó a estructurar sus discursos pensando en el conjunto continental.

PERCEPCIÓN DEL TIEMPO DE LOS NACIONALISMOS

El siglo xx ha sido el siglo de los Nacionalismos en América Latina. El período comprendido entre las dos guerras mundiales determinó el desarrollo de planteamientos culturales y políticos especialmente complejos. La percepción nacionalista involucró temas culturales especialmente complejos.

La percepción del tiempo de los nacionalismos por parte de los habitantes latinoamericanos fue doble: una visión marcaba la integración — la puesta al día — a la marcha global de la historia. La otra, mostraba las condiciones periféricas, marginales, propias del continente y su consecuente desequilibrio con los países centrales.

Así se intentó establecer una separación teórica entre el discurso cosmopolita modernista y el ambiente burgués tradicional y cotidiano en el que, en realidad, se vivía. Esa separación teórica es ejemplificable en los proyectos políticos. Los reformistas, como Getulio Vargas, en Brasil, o Perón, en Argentina, a pesar de plantear acciones propias y enfatizar la importancia de las historias nacionales independientes, en su discurso de poder político se

años Buenos Aires se agite en favor del arte. Lo vemos en la arquitectura que ha pasado a manos nuevas [...]. Sólo la señora Victoria Ocampo ha hecho hasta este momento un gesto decisivo en arquitectura, construyendo una casa que ocasiona un escándalo”.

¹² Este texto está en el libro *Testimonios*, Novena Serie 1971/1974. En el capítulo titulado “Amistades”, en el documento “A propósito de la Bauhaus”, escrito en octubre de 1970.

presentan desde la perspectiva abierta y global del pensamiento cosmopolita modernista¹³.

Dentro de los elementos ambiguos presentes en los discursos nacionalistas se encuentran unos temas recurrentes que tienen que ver con la imagen continental del avance social y del desarrollo. Cualquier político que se sentía recubierto por el aura del espíritu del siglo hablaría sobre la importancia nacional de la educación, la salud y los proyectos de vivienda social.

La recurrencia temática es diciente de la complejidad y del nivel de desarrollo del discurso nacionalista del poder latinoamericano. La apariencia general, de indefinición del campo de acción, contrasta con el grado de detalle de las propuestas específicas. Se pretendió lograr la identificación de las particularidades de lo nacional dentro de lo cosmopolita. Así, se escuchó una y otra vez la reiteración de respuestas convergentes a la pregunta sobre la definición de la identidad nacional y continental.

¹³ Los casos brasileño y argentino son ejemplos claros; no obstante existen particularidades continentales donde casos como el mexicano post-revolucionario, mantienen una sobrevaloración de lo individual como respuesta a la presión del expansionismo imperialista norteamericano.